

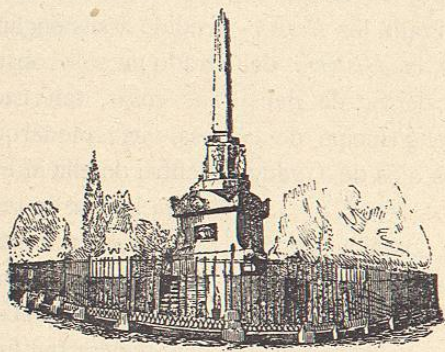
recoger la corona que con tan gran apocamiento de espíritu se había dejado caer al suelo en Bayona.

Ya hemos dicho que al ausentarse de España Fernando VII había dejado en Madrid una Junta de gobierno del reino. Esta Junta, que ni por un momento estuvo á la altura del patriotismo español y á cuya ineptitud se debió el sangriento é inútil 2 de Mayo, estaba presidida por el infante Antonio Pascual.

Realizada á raíz de los sucesos de Madrid la salida del infante Francisco para Bayona, sólo quedaba de la familia real de España el infante Antonio á quien se significa el deseo ú orden del emperador

de que marchase á Francia á reunirse con el resto de la real familia, lo que cumplió, largándose en la madrugada del 4 de Mayo, dejando por despedida á la Junta que presidía, la siguiente carta en la que acredita su capacidad y patriotismo: «A la Junta, para su gobierno, le pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la dé buena. A Dios, señores, hasta el valle de Josefát.»

¡Y pensar que para esta familia se sacrificaron Madrid, Zaragoza y Gerona!



Madrid.—Monumento erigido á las víctimas del 2 de Mayo



CAPITULO XVI

LEVANTAMIENTO DE ESPAÑA

Indignación de España por los fusilamientos del 2 de Mayo.—Comoción popular.—Originalidad y grandeza del levantamiento español.—Cuando estalla: el alcalde de Mostoles.—Si el levantamiento fué obra de los frailes.—Imposturas de Napoleon.—Nombres de los batallones de voluntarios: su significación.—Actitud de la gente oficial y cortesana.—Levantamiento de Asturias: 9 de Mayo.—El marqués de Santa Cruz.—Armase el pueblo.—Marcha el conde de Toreno á Inglaterra para reclamar su apoyo.—Recíbelos Canning.—Ofrécele oficialmente el apoyo de Inglaterra.—Levantamiento de Cartagena.—Sale la escuadra de Salcedo para Mahon.—Recóbrase para España.—Levantamiento de Murcia.—Levantamiento de Valencia.—Indignación popular.—Salva al traidor conde de Cervellon, su hija.—Asesinato del inocente barón de Albalat.—El canónigo Calvo: sus crímenes.—Asesinatos de franceses.—Restablécese el orden.—Ejecución del canónigo Calvo.—Levantamiento de Valladolid.—Cómo se hizo pronunciar al general Cuesta.—Levantamiento de Galicia.—Asesinato del general Filangieri.—Levantamiento de Santander.—Levantamiento de Aragón: Palafox.—Levantamiento de Castilla la Vieja y Cataluña.—Las provincias vascas.—Levantamiento de Sevilla.—La Junta suprema.—Asesinato del conde del Aguila.—Pronunciamento del general Castaños.—Levantamiento de Cádiz.—Asesinato del traidor general Solano.—Ataque de la escuadra francesa anclada en la bahía de Cádiz.—Evita su pérdida Rosily.—Negociaciones.—Levantamiento de Jaen y Córdoba.—Levantamiento de Granada.—Pronúnciase al frente de los suizos en Málaga, Reding.—Levantamiento de Extremadura.—Organiza un ejército de 20.000 hombres.—Envía Napoleon á buscar á su hermano José: 10 de Mayo.—Debilidad de la Junta suprema de Madrid y del Consejo de Castilla: llaman al trono de España á José.—Cortes de Bayona: 15 de Junio de 1808.—Marcha de las operaciones militares.—Quiere Napoleon sofocar de una vez y en todas partes el levantamiento de España.—Marcha de Moncey y de Chabran sobre Valencia.—Marcha de Lefevre-Desnonettes á Zaragoza.—Instrucciones de Napoleon.—Hacer ejemplos.—Los primeros encuentros.—Fáciles triunfos de Verdier, Frere y Lasalle.—Derrota de Cuesta en Cabezon.—Combates en Aragon.—Avanza Moncey hasta Cuenca.—Llega Chabran á Tarragona: 4 de Junio.—No pueden pasar adelante.—Duhesme bloqueado en Barcelona.—Estréllase Lefevre delante de Zaragoza.—Marcha de Dupont á Andalucía.—Atraviesa Sierra-Morena: 1.º de Junio.—Avanza sobre Córdoba.—Combate del Puente de Alcolea: 7 de Junio.—Entra por asalto en Córdoba.—Estragos de todas clases cometidas en la ciudad por los franceses.—No se atreve Dupont á continuar avanzando.—Parálzase el avance de los franceses en todas partes: 15 de Junio.—Confianza de Napoleon.—Da el 9 de Junio por sofocado el levantamiento.—Aberraciones de Napoleon.—Savary en Madrid.—Llega José á Bayona.—Carácter de José.—Recibimiento que le hizo Napoleon.—Cómo le engañó y comprometió.—Proclamación de José.—La reunión de Bayona.—Discurso del duque del Infantado.—Indignación de Napoleon.—Actitud de José.—La Constitución de Bayona: 15 de Junio.—La cuestión religiosa.—Ministerio de José.—Jovellanos ministro.—Niégase á aceptar.—Cómo se le quiso comprometer.—Qué le faltaba á José en 7 de Julio de 1808.



A noticia de los fusilamientos del 2 de Mayo difundida en medio de una población inquieta, agitada, indignada por la presencia de tantos soldados extranjeros en su terri-

torio, arrancó en toda España un profundo grito de cólera. Pero cuando se conocieron las odiosas circunstancias de la traición de Bayona y las dos abdicaciones que le siguieron, ya no se oyó de uno á

otro extremo de la Península más que un solo grito, inmenso, instantáneo, aniquilador, grito de venganza y de exterminio destinado á resonar en los siglos, y tal como el mundo no lo había oído hasta entonces.

Hubiérase dicho que una grande conmoción volcánica acababa de levantar el suelo de España en toda su superficie. En un día, en una hora, sin concierto y sin inteligencias, estaba toda la nación en pié, inflamada por un sentimiento unánime. Esos vastos movimientos que arrastran á todo un pueblo por una misma corriente de odio, de amor ó de entusiasmo, no eran un espectáculo nuevo para Europa. Francia había dado más de una vez el ejemplo durante las largas peripecias de la revolución; pero en Francia como en todas las monarquías centralizadas y unitarias, era la capital, ó mejor algunos hombres, dictadores improvisados, los que habían querido y decidido, y la multitud había cedido. Había seguido con una exaltación y una devoción á menudo ciegas; pero el pensamiento ni la iniciativa no eran suyas.

Lo que constituye la originalidad y grandeza del levantamiento español, lo que le da una fisonomía aparte en la historia, es que no solo todas las provincias, todas las ciudades y hasta los pueblos se levantaron sin saberlo unos de otros, sino que, en cierto modo, en ese momento de peligro supremo, osó, en su aislamiento, mirar cara á cara al tirano del mundo, y declararle la guerra por su cuenta. Siempre es fácil y á menudo poco glorioso seguir el movimiento que entraña las muchedumbres, pero cuando el hombre, sin otro testigo que sí mismo, y bajo el sólo impulso de su honor, abraza con intrépido corazón una resolución que expone su fortuna y su vida á una destrucción casi cierta, los que tienen que contar tales hechos tienen que inclinarse con respeto, pues, tienen bajo sus ojos ese fenómeno raro y sublime que se llama heroísmo.

La revolución heroica y desesperada que se apoderó de los españoles al saber los sucesos de Bayona, tuvo toda la rapidez de una explosión; sin embargo fueron necesarios algunos días para organizarla. En general es del 24 al 30 de Mayo cuando estalla, y casi siempre en análogas circunstancias. — «Salvo el caso del alcalde de Móstoles.» — La señal no partió ni de la ciudad ni del campo; se dió en todas partes á la vez. En las aldeas, en los pueblos, en los caminos, se reunían espontáneamente los hombres como obedeciendo á una sola idea; y juntos marchaban á la capital del distrito ó de la pro-

vincia; allí encontraban á sus habitantes ó sublevados ó prontos á sublevarse. Las autoridades sospechosas ó vacilantes eran destituidas, se nombraban juntas insurreccionales, se apoderaban de los arsenales que armaban los pueblos después de haber declarado el levantamiento en masa. Por todas partes afluían las contribuciones voluntarias á las cajas del nuevo gobierno y todos los hombres en estado de llevar las armas se alistaban bajo su bandera. Nobles, campesinos, burgueses, monjes, sacerdotes, soldados, todas las clases luchaban de celo y emulación. Nada tan falso é insostenible como la opinión de aquellos que permiten todavía en presentar ese levantamiento como «la obra de los frailes.» Este es un viejo tema inventado por Napoleon para deshonorar á aquellos á quienes no pudo vencer. Lo que debe decirse en honor del clero español, es que, lejos de mostrar la complacencia ordinaria de la Iglesia católica respecto de lo que ella llama los poderes establecidos, se pronunció con energía en favor del movimiento nacional, pero no se le adelantó, lo siguió; y sobre todo en sus comienzos se mostró en más de una ocasión fluctuante en su conducta. No se debe olvidar que entre los más solícitos en saludar en Bayona la monarquía efímera de José, figuraban en primera línea los representantes de la Santa Inquisición... Al lado de los batallones alistados bajo la bandera de los santos de España, se ven figurar en el ejército insurgente las compañías de *Bruto* y de *Catón*, la compañía del *Pueblo* que tenía por divisa: *Libertad ó muerte*. Este levantamiento es esencialmente una revolución de independencia, y esto es lo que la hizo invencible. Por esto quedará como eterna lección para los pueblos amenazados en su existencia nacional, enseñándoles á preferir los males más espantosos á la dominación extranjera hasta cuando se presenta disfrazada con mejoras aparentes.

En medio de la unanimidad extraordinaria de ese levantamiento, dos categorías de hombres tan sólo se presentaron dispuestos, no á ratificar lo que se había hecho sino á transigir con un estado de cosas que consideraban inevitable, y son aquellas que en todos los tiempos se les ha visto ceder dócilmente á las circunstancias: los funcionarios y la gente cortesana. Y aún es necesario decir, que su defección fué no sólo muy parcial, sino también muy pasajera, pues la inmensa mayoría de los primeros permaneció fiel á la causa nacional, ó se le adhirió después de una corta excitación; y en cuanto á los segundos, como es á la corte y no al monarca de quienes son devotos, era necesaria la alma sencilla

de José para sorprenderse, ora de su adhesión, ora de su deserción.

Fué de todas las provincias españolas el principado de Asturias la que primero se pronunció, caso de que se pueda asignar una iniciativa á su movimiento que fué esencialmente simultáneo. Ese pequeño país perdido en el extremo Norte, encerrado entre las montañas y el mar, casi sin comunicación con las otras provincias, había sido el último refugio de los guerreros de Pelayo en la época de la invasión árabe; era, pues, digno por su energía y su patriotismo de servir de cuna á una guerra de independencia.

Por la mañana del 9 de Mayo, la Junta de Asturias, reunida en Oviedo, decidió en medio de las aclamaciones del pueblo entero que desobedecería las órdenes de Murat, y su presidente, el marqués de Santa Cruz, declaró «que en cualquier sitio que él viera á un hombre levantarse contra Napoleon, él tomaría un fusil y marcharía á su lado.» Por la tarde del 24 de Mayo, resonó el toque de arrebato por la ciudad y pueblos circunvecinos, se apoderaron del comandante enviado por Murat, y se limpió el arsenal en donde había 100.000 fusiles. Al otro día se reunió la Junta, organizó la defensa y decretó un levantamiento de 18.000 hombres, esto hecho los representantes de esta humilde comarca, apenas perceptible en el mapa de Europa, poseído de un entusiasmo innarrable, declararon la guerra al opresor de los pueblos. Sublime acceso de locura, tan digno de las miradas de la historia como la que llevó á 300 hijos de Esparta al frente de todo un ejército. Al principiar esta lucha tan prodigiosamente desigual, tanto se creía la Junta de Asturias reducida á sus solos recursos, obraba tan convencida de que no lo hacía sino en nombre propio, que sin esperar á nadie ni consultarlo con nadie, envió sobre la marcha á Inglaterra para reclamar el apoyo de las fuerzas británicas á dos diputados, uno de ellos era el vizconde de Matarosa, el mismo que, conocido más tarde con el nombre de conde de Toreno, nos ha dejado la relación más fiel y judiciosa que se haya publicado sobre tales sucesos.

Desembarcaron los enviados de la Junta en Fal-mouth en la noche del 6 de Junio de 1808, y á las siete de la mañana del día siguiente eran recibidos en el palacio del almirantazgo. Llevaban á Canning la declaración de guerra que la Junta de Asturias acababa de lanzar contra el Emperador de los franceses y rey de Italia, y la súplica que dirigían á Su Majestad británica. Al oír nueva tan extraordinaria,

la viva inteligencia de Canning, supliendo las noticias que faltaban en absoluto, entrevió en seguida la prodigiosa sacudida que debía haber recibido la Península para que se reprodujeran sucesos tan inauditos. Comprendió qué una emoción tan viva y tan profunda no podía ser un hecho aislado, que esta conflagración no era más que un episodio de un vasto incendio; prometió, pues, á los diputados el apoyo enérgico de la Gran Bretaña y muy pronto les dió por escrito la seguridad oficial en nombre del Gabinete.

En el momento mismo que en las montañas asturianas se arrojaba el grito de independencia, un grito semejante resonaba en otro extremo de la península, en Cartagena. Aquí fué el deseo de conservar á España una escuadra que Napoleon hacía dirigir á Tolón por el almirante Salcedo, lo que precipitó los sucesos. En vista de esta vergonzosa expoliación, cumplida á la luz del sol como el acto más legítimo, llenáronse los habitantes de cólera y de indignación. La noticia de las abdicaciones de Bayona que en un instante sobrevinieron, acabó de decidirles á la revolución. Sabían que la escuadra tenía que tocar en Mahón, y determinaron salir á su encuentro á detenerla. Precipitose el pueblo á casa del capitán general, lo destituyeron y le reemplazaron por uno adicto; nombróse luego una Junta de insurrección, y se abrieron los arsenales y sus depósitos de armas á las provincias vecinas. Esto hecho se apresuraron á enviar un oficial de marina á Mahón que fué á intimar á Salcedo la orden de regresar á Cartagena, y de esta manera la escuadra escapó á los que habían querido robarla, — 22 y 23 de Mayo.

Murcia imitó en seguida á Cartagena.

Otra ciudad del mismo litoral, la rica y populosa Valencia, no espera señal alguna para estallar. En Valencia bastó el número de la *Gaceta de Madrid* que contiene las abdicaciones para levantar el pueblo. En una hora toda la ciudad está en pié á los gritos de: «¡Viva Fernando!» «¡Mueran los franceses!»

Por desgracia la cosa pasó de palabras. Aquí, como en la mayor parte de las ciudades en que se encontraban grandes aglomeraciones populares, la irritación de las muchedumbres, sobreexcitada hasta el delirio, produjo escenas lamentables á las cuales valientes ciudadanos en vano quisieron oponerse. El conde de Cervellón que hacía traición á la insurrección aparentando servirla, escapó á una muerte merecida gracias á la abnegación de su hija que arrancó de las manos de sus acusadores las pruebas escritas